

SANACIÓN Y MUERTE EN EL MONASTERIO DE OÑA.

EDUARDO ROJO DÍEZ

1. LOS MONJES DE OÑA: CAUSAS DE SU MUERTE.

1. 1. Clasificación de las enfermedades.

En la Biblioteca Nacional existe un manuscrito que contiene un necrologio del monasterio de Oña. En él están recogidos los datos de cuatrocientos cuarenta y siete monjes onienses que fallecieron entre los años 1664 y 1793 (1).

Al leer la relación de las defunciones, me llamó la atención que de algunos de estos monjes –de cincuenta y ocho, en concreto– se aportaran datos sobre los motivos o las circunstancias de su muerte. Tomando como base esa información, esta investigación se centra en clasificar los tipos de enfermedad que acabaron con la vida de esos hombres que tomaron su hábito en el convento de Oña. Se trata de hacer una radiografía de la muerte en un monasterio benedictino, durante el último tercio del siglo XVII y todo el siglo XVIII.

Una de las principales causas de muerte en la abadía de Oña fue la hemiplejía, la parálisis de un lado del cuerpo (2). Así le pasó al

(1) Zaragoza Pascual, Ernesto, "Necrologio del monasterio de Oña (1664-1793)", *Hispania Sacra*, XXXVI, (1984), pp.629-670. Los datos para el presente trabajo han sido sacados de este autor, que ha sido quien ha transcrito y publicado el manuscrito con el necrologio de los monjes de Oña. La localización de los monjes señalados se realiza a través del año de su muerte, que va entre paréntesis.

(2) Esta enfermedad entra dentro de la categoría de los accidentes cerebrovasculares: las embolias. Los comentarios médicos sobre las enfermedades que se describen de los monjes, que aparecen frecuentemente a lo largo del texto y de las notas, son aportaciones del doctor José Antonio Gómez Alonso, a quien agradezco su desinteresada e imprescindible colaboración.

que fuera abad de Obarenes, Benito Celada (muerto en Oña en 1769); a Atilano Rodríguez (1780), que fue prior de Cillaperlata y Gibaja, entre otros monasterios dependientes de Oña; y al prior de Arredondo, Inocencio Salinas (1787), que estuvo dieciocho años enfermo en Oña (3). Francisco Martínez (1695) murió después de sufrir durante tres años una perlesía, también una cierta parálisis de su cuerpo, acompañada de temblor. Este monje fue el que hizo los dos relojes de sol del claustro.

El organista, Isidoro Pavía (1780), enfermó y murió de “una rotura de vena en la cabeza” y Benito Pausa (1792), de apoplejía, también por problemas con las arterias cerebrales (4).

Los problemas de próstata son también una constante en el necrologio. Ángel Benito (1736), que fue abad de Oña, murió, muy debilitado, después de sobrevenirle “un accidente de supresión de orina que le duró hasta su fallecimiento”. Otro abad, Mauro Martínez (1776), que andaba decaído y con semblante enfermizo, murió finalmente de:

“una supresión de orina, molestísima, vergonzosa y muy trabajosa, pero la sufrió con la mansedumbre, alegría interior y exterior, que no cabe en la ponderación. Recibió a su magestad por viático antes de hacerle la operación de la punción (5), la cual solamente imaginada es capaz de aterrar al hombre más valiente, pero nuestro enfermo no hizo otra cosa que cruzar las manos y bajar su vista clavándola en el suelo y caminar para el potro. Hízose esta operación, y viendo que no salía orina sino sangre, quisieron repetirla, pero lo dejaron por entonces, porque no podía el enfermo. Preguntó después si se la repetían y dijeron los médicos que ya no era tiempo, y al oír esto cruzó otra vez sus manos, diciendo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*”.

Otros monjes no fueron tan buenos enfermos. Salvador Medina (1787), que fue prior y archivero de Oña, murió de mal de próstata por no dejarse operar.

(3) Este necrologio da cuenta de los monjes del monasterio de Oña y también de otros muchos centros religiosos que estaban bajo su dominio. Una característica común es que casi todo los monjes enfermos se retiraban a la casa madre, a Oña, para pasar su enfermedad y morir.

(4) La apoplejía es una abolición del funcionamiento cerebral producido por diversas causas, especialmente por embolia y hemorragia cerebral.

(5) Esta operación, que sigue realizándose en la actualidad, se llama nefrostomía. Consiste en hacer una comunicación (fístula) entre el riñón y la pared abdominal, para que la orina salga al exterior.

Otro grupo importante de causas de defunción en la abadía oniense son las que aparecen consignadas como muertes repentinas, seguramente debidas a un infarto de miocardio (cardiopatía isquémica). Es el caso de Juan de Loiz (1777), que fue archivero de Oña durante dieciséis años; de Isidoro Martínez (1799), que murió a los cuarenta y tres años; y de Baltasar del Pozo (1785), que era lego cocinero. Mauro Alesón (1788), en cambio, tuvo que padecer numerosas enfermedades antes de morir, pero le sirvieron para dominar su genio y "acrisolar su virtud".

Algunas descripciones de la muerte se limitan a constatar que llegó tras un proceso doloroso. Así, Plácido Carriedo (1771), que fue maestro de novicios de Oña, murió con "grandes dolores de vientre y vómitos". Rosendo Montero (1783) falleció "fatigado con vehementísimos dolores, en sólo tres días que estuvo en cama". Anselmo Ximénez (1788) dejó este mundo a causa de "grandes y continuos dolores de cabeza".

Los monjes de Oña, sobre todo los más jóvenes, tampoco se libraban de la tisis, de la tuberculosis pulmonar. Un ejemplo es Froilán González (1781), que murió a los veintidós años, y Plácido Fortaura (1792), que falleció a los catorce años.

Un cáncer de hígado acabó con la vida de Ignacio Araújo (1788). Una de las causas de esta enfermedad es el abuso en el consumo de alcohol. Los frailes de Oña tenían una buena bodega, con "algunos toneles tan grandes que caben en cada treinta mil cántaros" (6). En relación al consumo de vino, se produce en Oña una circunstancia curiosa: se bebía mucho vino blanco (en 1583, 447 cántaras de blanco frente a 1.248 de tinto). Hueltz de Lempz vincula esta *anomalía* a la afición de los monjes al buen vino, ya que los caldos de la tierra eran muy ácidos (7). El precio del vino blanco era cinco veces superior al del tinto o al chacolí, era un lujo reservado sólo para los monjes y los viajeros. El tabernero de Oña, a finales del siglo XVI,

(6) Navagero, Andrea, *Viaje por España (1525-1526)*, ed. de Antonio María Fábie, Turner, Madrid, 1983, p. 87.

(7) Huetz de Lempz, Alain, *Vignobles et vins du nord-ouest de l'Espagne*, I, Féret et Fils, Bordeaux, 1967, pp. 395-397. Además, en el siglo XVIII, en la zona situada entre Oña y Salas de Bureba había 759 hectáreas dedicadas al cultivo de la viña. De esa superficie, 195 ha. pertenecían a Oña, con una producción de 1.528 hectolitros (p. 878). Era una de las zonas más vitivinícolas de la comarca.

tenía incluso dos clases de vino blanco: una a cincuenta y otra cuarenta y seis maravedíes el azumbre (medida de aproximadamente dos litros de capacidad) (8).

Dieta y salud van íntimamente relacionadas. Por esta razón es interesante detallar lo que comieron y bebieron dos frailes, Juan Martínez y Josef Villalobos, durante catorce días de finales del siglo XVIII (a cuenta del Ayuntamiento de Frías): una libra de arroz, 5 y media de merluza, 2 docenas y media de huevos, 40 libras y media de carne, un recental, 3 pichones, 2 pollos, 2 gallinas, 7 cuarterones de chorizo, 21 libras de dulces, 15 cántaras de vino de Rioja, Aragón y Navarra, 5 litros de aguardiente, una botella de anisete... (9). Es de suponer que tendrían algún invitado.

Otra enfermedad es el tabardillo, como entonces se llamaba al tífus, que fue la causa de la muerte de Benito de la Riva (1787). Una hernia estrangulada se llevó al otro mundo a Mauro Cabo (1785) y la gota (10) le tuvo en cama doce años a Isidoro Villegas (1764), hasta que murió.

Las taras físicas también son descritas a veces en el parte de defunción. A Benito Ximénez (1699) le faltaba un pulgar y Manuel Lorenzo (1785) se quedó ciego a los cincuenta y nueve años y murió (11). La ceguera, en cambio, no le impidió ser a Íñigo de Toro (1754) el organista durante cincuenta años, y "con la mayor armonía y dul-

(8) Brumont, Francis, *Campo y campesinos de Castilla la Vieja en tiempos de Felipe II* ("La Bureba en la época de Felipe II"), Siglo Veintiuno Editores, Madrid, 1984, p. 210. La vitivinicultura era, después del cereal, el sector más productivo del monasterio de Oña. En 1494 los monjes tuvieron a su cargo, en todo el dominio monástico, a más de 1.600 obreros vinculados con la explotación de parrales y viñedos, al margen de un buena cantidad de viñas que eran explotadas por terceros (*Vid.* Diago Hernando, M., "Fuentes de ingresos y situación económica del monasterio de Oña en los siglos XV y XVI", *Anuario de Estudios Medievales*, 28, (1998), pp. 464 y 465.

(9) Este menú viene recogido en un documento del Archivo Municipal de Frías, Leg. 21. Lo cito a través de Ortega Valcárcel, José, *La transformación de un espacio rural: Las Montañas de Burgos*, Universidad de Valladolid, 1974, pp. 249 y 250.

(10) La gota es una enfermedad relacionada con la dieta carnívora. En Oña se consumía mucha más carne de buey que de carnero. En 1579 se vendieron en las carnicerías de la villa 10.560 libras de vacuno frente a 5.400 de ovino. La carne de buey, más barata, era consumida por la gente más pobre (*Vid.* Brumont, *op. cit.*, pp. 204, 205 y 331). No sabemos qué viandas eran las más consumidas por los monjes, pero, a tenor de lo que hemos visto con el vino, seguramente preferían el carnero, que era la carne más apreciada.

(11) Por la edad, y tal y como se relaciona la muerte con la ceguera, todo hace pensar que murió de diabetes.

zura en un manejo inimitable en el tocar". Plácido Regara (1784) tenía una "gran deficiencia visual" y se mató de un golpe que se dio al salir de su celda.

Y a propósito de accidentes, hay que decir que éstos son una causa frecuente de muerte. Plácido Álvarez (1711) murió en Santé "al caerse de una mula que quería montar" e Íñigo Fernández (1737) murió también en Santé, pero ahogado en el río Oca.

Algunos monjes de Oña murieron jóvenes, jóvenes o colegiales, como dice el *Necrologio*. Otros fallecieron de viejos, como le ocurrió a Gregorio de la Vera (1694) cuando tenía noventa y cinco años. Algunos se mueren por simples achaques y otros, de una "enfermedad desconocida por los médicos": Antonio de Prado (1785), sastre, se quedó esquelético durante su convalecencia.

Los monjes de Oña también padecieron enfermedades mentales. Así, Juan Manrique (1687) murió "demente" y Fulgencio Pumar (1784), "loco". Otro monje, Mauro López Baillo, que tomó el hábito en 1709, fue despedido por "endemoniado" antes de profesar (12). Entre los sanadores de las enfermedades psíquicas hay que destacar a Juan de Valpuesta, que fue abad de Oña entre los años 1560-1562: era experto en expulsar demonios de las personas poseídas (13).

Un caso especial es el de Antonio Rubín (1793), que murió de "melancolía" (14), siendo abad de Obarenes; el motivo de su enfermedad fue que un hermano militar se pasó al "partido rebelde de la Asamblea Francesa". Otra muerte curiosa fue la de Mateo Castillo (1781). Su enfermedad era la aversión a rezar y siempre tenía que estar acompañado para poder cumplir con esa obligación: "enfermedades corporales" no tuvo y fue la vejez la que acabó con él.

Hay veces que el archivero, más que la enfermedad, describe la actitud del monje ante el mal que le aqueja, sobre todo cuando la convalecencia es larga. En estas situaciones se destaca la paciencia

(12) Zaragoza Pascual, "Libro de gradas y profesiones del monasterio de Oña (1569-1834)", *Studia Monástica*, 35/2, (1993), p. 429.

(13) Zaragoza Pascual, "Abadologio del monasterio de San Salvador de Oña (siglos XI-XIX)", *Burgense*, 35/2, (1994), p. 571.

(14) Rojo Vega, Anastasio, en *Enfermos y sanadores en la Castilla del siglo XVI*, Universidad de Valladolid, 1993, p. 61, define la melancolía como "tristeza habitual padecida por hombres y mujeres que suelen ser morenos, delgados e hirsutos. Producida por el humor melancólico que daña el cerebro, turba el espíritu y oscurece el alma: también por flema y sangre quemada". La locura es también producto del humor melancólico.

y la mansedumbre del paciente, como en el caso de Íñigo Barreda (1781), que estuvo un año enfermo antes de morir.

La descripción más pormenorizada de un proceso patológico está adscrita a un enfermero, Matías Quintanilla Miranda (1777). Estuvo cumpliendo con sus deberes monásticos aquejado de manifiestos achaques, pero:

“Llegó el tiempo de su última enfermedad, que le duró tres meses y medio, tolerando con admirable paciencia agudísimos dolores de cabeza, que sólo manifestaba con la melancolía del rostro y la acción ordinaria de reclinarla sobre el brazo. Asimismo hallaba mucha dificultad en expeler las humedades, flemas y otras superfluidades que ocupaban y le molestaban el estómago; siguiéronse también muchos ímpetus de vómito, que siendo de naturaleza flaco y largo de cuello, le costaba mucho trabajo este desahogo, y en medio de tanta pena era singular, edificante y admirable su paciencia. Jamás se le oía quejas de cosa alguna, ni de sus achaques, ni de falta de sueño, ni de asistencia, ni de otra alguna de las muchas de que suelen quejarse los enfermos. Solamente cuando se le preguntaba por el estado de su enfermedad refería sencillamente los dolores que le afligían.

Poco a poco se le iban mitigando los espíritus y faltándole las fuerzas, sin embargo de que se practicaron cuantas diligencias pueden haber en lo humano para buscarle el alivio, consumiéndose toda la carne hasta dejarle retrato de un esqueleto” (15).

Matías Quintanilla falleció a los cincuenta años de edad, pidiendo “licencia para morir”, solicitando que le hiciesen el favor de no dilatar más su penosa enfermedad. El prelado le contestó que “cuando fuese la voluntad de Dios sería también la suya”.

En toda esta relación de muertes no hay ninguna que tenga que ver con la gripe o la peste, bien porque no afectó a los monjes o porque no hubo ninguna epidemia en estos ciento veintinueve años. Unas décadas antes de las primeras defunciones que recoge este *Necrologio*, entre el 28 de agosto y el 31 de diciembre de 1599, sí hubo una peste en Oña, que mató a cincuenta y siete personas (el 10% de la población) (16). Sí sabemos, sin embargo, que bastante antes del periodo analizado en este artículo, la peste negra parece que fue la causa del fallecimiento del abad don Ihoan, cuyo mandato transcurrió a mitad del siglo XIV (17).

(15) La enfermedad que se describe es un probable cáncer gástrico, con metástasis cerebrales.

(16) Brumont, *op. cit.*, p. 88.

(17) Zaragoza Pascual, “Abadologio...”, p. 565.

Fuera también de nuestro marco temporal, resulta interesante reseñar, por la importancia del personaje, la muerte del abad Andrés Gutiérrez de Cerezo. Este humanista, con fama de buen gramático de la lengua romance, falleció en 1503, a los cuarenta y cuatro años de edad, de hidropesía, por una acumulación anormal de líquido en el vientre. Fue a curarse a un médico de Nájera, pero murió en el viaje de vuelta, poco antes de llegar a Oña (18).

1.2. El equipo monástico de atención médica.

No se sabe mucho de cómo organizaba el monasterio de Oña la atención sanitaria a los monjes, pero gracias al *Necrologio* se puede reconstruir, a grandes trazos, su sistema hospitalario.

La abadía tenía un médico. Prueba de ello es que Juan de la Riba, que ejerció de abad en tres ocasiones —entre los años 1657 y 1681—, ordenó construir la casa del médico de Oña en uno de sus mandatos (19). Hay datos también de otro médico, Fray José de Olavarriga, nacido en Santander, en 1646. En su prueba de limpieza de sangre se dice que es médico con el grado de doctor (20).

El equipo médico contaba además con especialistas. De Anselmo García Monasterio, natural de San Millán (La Rioja), consta que tomó el hábito de lego para cirujano en 1723 y que profesó un año después. Murió en el monasterio de Oña en 1755 (21). Hay noticias también de otros legos cirujanos: Mauro Saiz, nacido en San Martín de Erlines (Cantabria), que profesó en 1752 (22); José Garroño, de Echano (Vizcaya), que profesó en 1760 (23); y Cayetano Abarga, natural de La Coruña, que profesó en 1801 (24).

El grupo de asistencia hospitalaria se completaba con los enfermeros. Matías Quintanilla Miranda, del que hemos hablado en el

(18) *Ibíd.*, p. 568. Gutiérrez de Cerezo escribió una *Vida de San Vitores* (1485), considerada el incunable más antiguo de Burgos.

(19) *Ibíd.*, p. 581.

(20) Correa Ruiz, Lorenzo, "Extractos de pruebas de cristiandad y limpieza de sangre de monjes benitos montañeses que profesaron en el Monasterio de Oña", *Altamira*, (1961), p. 115.

(21) Zaragoza Pascual, "Libro de gradas...", p. 432 y "Necrologio...", p. 652.

(22) Zaragoza Pascual, "Libro de gradas...", p. 437.

(23) *Ibíd.*, p. 438.

(24) *Ibíd.*, p. 445.

apartado anterior, era uno de esos enfermeros. Nació en el Valle de Penagos (Cantabria) y profesó en 1737 (25). El oficio no era muy querido por los monjes, porque empezó en 1749 a ejercer “con toda humildad su penosa carga”. Éstas son algunas de esas tareas:

“Tomaba a su cuidado la asistencia de los novicios enfermos, por su mano les administraba la medicina y para hacer cumplidamente el oficio de buen enfermero, él mismo purificaba el vaso en que la naturaleza descarga las ordinarias superfluidades, y si tal vez lo mandaba practicar a algún hermano para ejercitar su humildad, no por esto se eximía de esta obra de caridad, pues ayudaba con sus manos a semejante operación” (26).

Entonces, hasta ahora están localizados dos médicos, cuatro cirujanos y un enfermero. Pero en aquel tiempo era muy importante tener acceso directo a los medicamentos, ya que no se distribuían ni comercializaban como ahora. Por eso, en el equipo de asistencia sanitaria, era imprescindible el boticario. El hospital del monasterio oniense debía ser importante, porque la mayoría de los monjes repartidos por los prioratos que estaban bajo su jurisdicción venían hasta Oña a curar su enfermedad o a morir.

2. LA BOTICA DEL MONASTERIO DE OÑA: LA SALVACION TERRENAL.

2.1. Los boticarios.

El primer boticario del que tengo noticia es Roberto Fernández de Oñate, nacido en Arnedo (La Rioja), que tomó el hábito en 1716 para ejercer ese oficio, pero que no profesó (27). Tres años después profesó siendo boticario José de Villanueva Mansilla, natural de Ezcaray (28). Leandro Ibañez de Gauna, nacido en la localidad alavesa de Ullívarri-Jáuregui, que era boticario, profesó en 1732 (29).

(25) *Ibíd.*, p. 434.

(26) Zaragoza Pascual, “Necrologio...”, pp. 661 y 662.

(27) Zaragoza Pascual, “Libro de gradas...”, p. 430.

(28) *Ibíd.*, p. 431.

(29) *Ibíd.*, p. 433.

De Íñigo Pérez, natural de San Asensio (La Rioja), existe bastante más información. Tomó el hábito para boticario en 1742 y profesó un año más tarde. Ejerció el oficio durante veinticuatro años, período en el que mejoró y proveyó de medicinas a la botica de Oña. "Fue un religioso ejemplar y virtuoso, e inclinado a servir a todos con la mayor caridad", sobre todo a los pobres. Murió en Oña a los cuarenta y ocho años de edad (30).

Mauro Ruiz, vallisoletano, que profesó en 1750, también era boticario (31). Lo mismo que Domingo de Silos Carazo, natural de la localidad burgalesa de Carazo, que, habiendo tomado el hábito de boticario, profesó en 1769 (32).

Es la primera vez que aparecen publicados los nombres de estos cinco boticarios onienses en un estudio específico sobre la materia. No es el caso, sin embargo, del más conocido de todos los boticarios benedictinos del monasterio de Oña, Bernardo Briones y Fonda, natural de San Millán de la Cogolla, que profesó en 1791 y fue ordenado de todas las órdenes mayores por el obispo Benito Uría y Valdés (33).

Este boticario —que, por cierto, tenía a su cargo un mancebo— tuvo que afrontar en 1812 la polémica del traslado de la botica de Oña a Nofuentes, donde se había establecido la línea defensiva durante la guerra contra los franceses (34).

Como hemos visto, muchos de estos boticarios de Oña son riojanos. El monasterio de San Millán de la Cogolla (35) tenía una buena botica en la época que estamos analizando. El polifacético Gaspar Melchor de Jovellanos cuenta que vio en la abadía riojana el estanque de las sanguijuelas —los monjes seguían practicando la sangría medieval— y el viborero, donde se criaban los reptiles necesarios para conseguir el veneno que se precisaba para elaborar la gran pócima: la triaca.

(30) Zaragoza Pascual, "Necrologio...", p. 27 y "Libro de gradas...", p. 436.

(31) Zaragoza Pascual, "Libro de gradas...", p. 436.

(32) *Ibid.*, p. 439.

(33) *Ibid.*, p. 444.

(34) Fernández, Luis, "El real monasterio de Oña en la guerra de la Independencia", *Boletín Institución Fernán González*, 120, (1952), pp. 278-282.

(35) Lizarraga Lecue, Rafael, "Boticas monásticas benedictinas", *Berceo*, LXII, (1960), pp. 53-63. En este artículo se hace un repaso de las boticas de las abadías riojanas.

2.2. Ubicación de la botica.

La primera noticia documentada que tenemos de la existencia de una botica en el monasterio de Oña proviene de la descripción que de la abadía dejó manuscrita Íñigo Barreda, en 1771 (36).

El emplazamiento más preciso que se describe de la botica surge cuando se habla de los patios:

“Contiene el monasterio tres patios, que le engrandecen sobremanera. El primero se presenta luego que se entra por la portería. Es de mucha amplitud, porque hace unión con el jardín de la botica, sin más intermedio que un antepecho de poco menos que dos varas, a manera de espolón con sus volas. (...) En este patio está la botica, que se coge todo el tramo que mira al Oriente, y por la parte de afuera al Poniente para su despacho” (37).

La botica estaba situada junto a un jardín en el que el monje boticario cultivaba las hierbas necesarias para confeccionar sus medicinas. Cuando Barreda habla del llamado Paseo de los Monjes también da referencias espaciales sobre la ubicación del jardín de la botica:

“Es bastante espacioso entre columnas y arcos que mantienen la librería, y al mismo tiempo adornan con un atrio que vuela debajo del columnage a dar vista al jardín de la botica, y su antepecho con sus volas de piedra que sigue dando vuelta al jardín, por lo que mira al patio de la portería” (38).

Cuando ubica los dormitorios de los monjes, dice:

“La vista de las celdas cae a un jardín de la botica, bastante grande y divertido. Tuvo su fuente, que yo conocí muy hermosa, que, guiada su agua de los estanques, caía desde una taza que sustentaba una columna a un chafariz, con que se regaban las eras o quadros del jardín” (39).

En definitiva, el emplazamiento de la botica, como en otros monasterios, estaba junto a la portería, en la entrada principal, con el objeto de poder despachar los medicamentos a la gente del pueblo. José de Vicente asegura que todavía hay indicios de esto en Oña:

(36) Herrera Oria, Enrique, *Oña y su Real Monasterio*, Gregorio del Amo, Madrid, 1917, que es quien publica parte de ese manuscrito de Barreda.

(37) *Ibid.*, pp. 165 y 166.

(38) *Ibid.*, pp. 162 y 163.

(39) *Ibid.*, p. 157.

“Hoy aún podemos observar la entrada de ella y aunque no existe un ventanillo para asistir al público, la existencia de un trozo de pared con señales de haber tapado una antigua abertura, nos hace pensar que podría tratarse de la ventana que en su tiempo se utilizaba para realizar la entrega de las medicinas a los parroquianos” (40).

La botica del monasterio de Oña no era para uso exclusivo de los monjes. Había un acuerdo con los pueblos de alrededor para suministrar al público las medicinas (41). Cuando en 1812 se quiere trasladar la botica a Nofuentes, los alcaldes y curas de la zona se oponen con estas alegaciones:

“Que siempre de inmemorial tiempo a esta parte se han surtido de todos los medicamentos necesarios para sus dolencias de la botica situada en el Rl Mon^o de Sn. Salvador de la citada de Oña por ajustes con los PP. Boticarios administradores de ella, y han llegado a entender que V. S. ha comunicado orden al P. Fr. Bernardo Briones, actual boticario de la citada botica para que se traslade con ella y coloque en la de Nofuentes (...) Si así se verifica por consecuencia forzosa habrá de quedar todo el partido privado del socorro de las medicinas y sufrir sus dolorosos funestos efectos especialmente en los accidentes agudos y executivos por no hallarse otra botica en el espacio de más de dos leguas” (42).

2.3. El mobiliario, el botamen y las pócimas.

Los documentos referidos al traslado de la botica a Nofuentes desvelan, de nuevo, algunas características del taller de medicinas. Entre los reparos que pone el boticario Briones surge el hecho de que los instrumentos de laboratorio y los muebles están empotrados y hechos a medida. Habla también de la necesidad de tener agua abundante:

“La traslación exige por necesidad abandonar el armamento y cajonería de la botica porque no solo existe fabricado con no leves desembol-

(40) Vicente González, J. de, *Boticas monásticas, cartujanas y conventuales en España*, TresCtres editores, A Coruña, 2002. P. 268.

(41) Ya en el siglo XVI había un concierto, en Oña y en el resto de abadías benedictinas, con el monje boticario, que le permitía obtener algunas ganancias con la venta de medicinas al exterior. Con ello se atendía a los pobres y se mejoraba la botica. Pero ello suponía también la existencia de problemas de intrusismo y de control de la actividad farmacéutica entre los monjes y la autoridad civil. Vid. Arnáiz Bonilla, Alejo, *Las afamadas boticas burgalesas de los hospitales de San Juan y San Julián y San Quirce (Barrantes)*, Diputación de Burgos, 1981, pp. 20-27

(42) Fernández, L., *art. cit.*, pp. 279 y 280.

... sos míos a la medida de su oficina o aposentos de su actual situación, sino embutido y fijado en sus paredes; de suerte que no puede removerse sin destruirse e inutilizarse (...) Exige también se abandonen los hornillos, la prensa o lagareta y demás artefacto del laboratorio edificados a mi costa y fijados en su oficina. (...) Exige una casa cómoda en Nofuentes para su colocación con su huerta o Jardín Botánico y con facilidad de llevar a ella las aguas necesarias para la elaboración y limpieza” (43).

Evidentemente, uno de los utensilios más característicos y delicados de una botica son los botes y vasijas donde se guardaban los medicamentos hechos por los monjes (44). José de Vicente asegura que una orza policromada de principios del siglo XVIII, que está expuesta en el Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco, en Bilbao, pertenece a la botica de Oña. Basa su adscripción en que lleva el escudo del monasterio de Oña: un castillo, una fortaleza, que es el blasón del conde don Sancho, fundador de la abadía en el año 1011. La corona del escudo representa la protección del conde sobre el monasterio y el capelo con las borlas tiene relación con la dignidad abacial (45). Aunque no es una regla general, casi todos los tarros de las boticas monásticas llevan el escudo de su respectiva abadía (46).

Pero hay otro recipiente, conocido como el *vaso de Oña* que pudo pertenecer a la botica oniense. Se trata de un tarro de cristal de roca, cilíndrico, con decoración vegetal, del que sólo se conserva un fragmento. Se cree procedente de la Córdoba musulmana, de una época que se puede situar entre los años 939 y 1010 (47).

En España hay catalogados cuarenta vasos o fragmentos de cristal de roca como el de Oña, un material desconocido en Occidente. Generalmente, son de pequeño tamaño y fabricados con buen ma-

(43) *Ibíd.*, p. 281.

(44) La fragilidad del botamen es una de las excusas puestas por Bernardo Briones para trasladar la botica de Oña a Nofuentes, localidades unidas, en aquellos tiempos, por un camino muy difícil. *Vid.* Rojo Díez, E., “Breve relación de las dificultades que encontraron los caminos para atravesar el Desfiladero del río Oca”, *López de Gámiz*, XXXVI, (2003), p. 82.

(45) Vicente González, *op. cit.*, pp. 267, 268 y 270.

(46) Lizarraga Lecue, *art. cit.*, p. 60.

(47) Zozaya, Juan, “Importaciones casuales en Al-Andalus: las vías del comercio”, *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española: sociedades en transición*, Asociación Española de Arqueología Medieval, Alicante, 1993, pp. 123 y 135.

terial. Por eso servían para guardar productos cosméticos o medicamentos (48).

Eran recipientes de calidad, ya que servían para guardar los valiosos jarabes, pomadas, aceites, semillas, extractos de plantas... y la triaca: el gran antídoto, un medicamento compuesto por muchas sustancias, entre ellas el opio y el veneno de víbora (49).

No en vano, el *vaso de Oña* fue hallado junto a la juba o *yuba* mortuoria del conde Sancho García (50), fallecido en el año 1017. Este sudario del fundador del monasterio oniense es también de origen árabe, del siglo X, de la época califal (en la tela se puede ver el retrato del primer califa omeya oriental, Mu`awiya) (51). En esta aljuba está escrito el principio del Corán (52), formando parte de una cenefa.

(48) Casamar Pérez, M. y Valdés Fernández, F., "Saqueo o comercio. La difusión del arte fatimí en la Península Ibérica", *Almanzor y los terrores del milenio: la Península Ibérica y el Mediterráneo entre los siglos XI y XII*, Fundación Santa María la Real-Centro de Estudios del Románico, Aguilar de Campoo, 1999, pp. 135 y 136.

(49) Rojo Vega, *op.cit.*, p. 68, menciona todas las sustancias que contiene la triaca más elaborada.

(50) Zozaya, *op. cit.*, p. 123.

(51) La descripción de la juba, tanto desde el punto de vista técnico como simbólico, ha sido realizada por Manuel Casamar y Juan Zozaya en "Apuntes sobre la *yuba* funeraria de la colegiata de Oña (Burgos)", en el *Boletín de Arqueología Medieval*, 5, (1991), pp. 39-60. Teniendo en cuenta que las tropas árabes destruyeron Oña y su monasterio en el año 934, estos autores sugieren que la juba sirvió a Sancho García para legitimar su estirpe, ya que su abuelo Fernán González utilizó el traje, tras haberlo obtenido en combate con los musulmanes, como símbolo de la independencia castellana frente al rey de León.

(52) Fernández-Puertas, A., "Lápida del siglo XI e inscripción del tejido del siglo X del monasterio de Oña", *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, XXVI/1, (1977), p. 125.

